

1. El Cristianismo personal

TODAS LAS RELIGIONES TIENEN UN CIERTO GRADO DE CONTENIDO intelectual que los seguidores de esa religión por lo general desean conocer. Pero los cristianos se enfrentan a dos peligros específicos al encarar el estudio de las doctrinas del cristianismo.

Por un lado, muchas veces se toman indebidamente subjetivos. El tema de la enseñanza cristiana es la naturaleza de Dios y lo que él ha hecho por nuestra salvación mediante la muerte de Jesucristo. Ahora bien, como este tema es emocional y, a la vez, mentalmente motivante, estos creyentes se retraen de la tarea metódica de comprender su fe intelectualmente y colocan el énfasis en el sentimiento y la experiencia, en ocasiones hasta el punto de separarlas de la obra de Dios en la historia y hasta de las afirmaciones explícitas y claras que aparecen en la Biblia. Cuando las experiencias que buscan encontrar están ausentes o resultan muy flojas, tratan de fabricarse sentimientos espirituales hacia Dios y así quedan a la merced de la autosugestión, de las circunstancias y hasta de las maquinaciones del demonio, de quien se nos dice que a veces se nos aparece disfrazado como "un ángel de luz" (2 Co. 11:14).

Este énfasis no suele llegar a tales extremos. Con frecuencia es sólo la suposición, muchas veces ni siquiera expresada verbalmente, que para que una persona haya de ser salva es necesario que tenga una determinada intensidad de experiencia religiosa. O al menos, si nos colocamos en un nivel más sofisticado, esa es la impresión que tenemos de la lectura de un libro como *The Varieties of Religious Experience* ("Las distintas expresiones de experiencia religiosa") de William James.¹ Este estudio clásico sobre la psicología de la religión intenta reflejar una gama amplia de experiencias y proveer un análisis imparcial sobre ellas. Las personas que leen este libro, o cualquier otro libro que se le asemeje, pueden sentir, equivocadamente, que no son cristianos simplemente porque nunca han tenido una experiencia tan intensa en sus vidas.

El otro peligro es igualmente perjudicial: una fe cristiana demasiado objetiva. alguien podría tener un conocimiento bíblico considerable y hasta un cierto grado de conformidad y compromiso intelectual con estas verdades, y sin embargo no haber sido transformado. La fe existe. Pero bien puede tratarse de la fe que menciona Santiago cuando dice: "Tú crees que Dios es uno, bien haces; también los demonios creen, y tiemblan" (Stg. 2:19).

Este peligro está muy latente entre los cristianos conservadores en particular. Harold O. J. Brown dice: "Al insistir, como debiéramos hacer, sobre la naturaleza objetiva de la expiación y la naturaleza efectiva de su aplicación en los seres humanos individuales para la salvación, corremos el riesgo de quedarnos con una doctrina que es puramente histórica y judicial, sin unas dimensiones creíbles y humanas en el espacio y el tiempo en que nos toca vivir... Además, perdemos de vista que nosotros también estamos inmersos en este proceso, y fue la santificación, la obra continua del Espíritu Santo en nuestras vidas, constituye un proceso" que debe darse entre nosotros.²

¿Cómo es posible evitar estos peligros? ¿Cómo habremos de resolver el problema de tener una revelación objetiva de Dios en la historia y una apropiación vital de esa salvación? Dejados a nosotros mismos, posiblemente no haya una respuesta convincente. Pero la Biblia nos dice que Dios tiene una solución. De la misma manera que el Padre envió a su Hijo para realizar la obra histórica y objetiva de la expiación que sirviera de base para nuestra salvación, así también envía al Espíritu Santo para que aplique esa salvación en nosotros personalmente. No se trata de una única acción, simple e indivisible. Más bien involucra una serie de acciones y procesos: el llamado de Dios, la regeneración, la justificación, la adopción, la santificación y la glorificación. En cada uno de estos casos, el Espíritu Santo aplica la obra de Cristo en nosotros personalmente.

La tercera sección de este tomo tratará sobre estos procesos y, por ende, sobre la obra del Espíritu Santo de Dios. Como lo expresó Calvino en el título a la tercera sección de su *Institución de la Religión Cristiana*, significa "la manera en que recibimos la gracia de Cristo, los beneficios que surgen a partir de ella, las consecuencias subsiguientes".³

¿Persona o poder?

Un análisis de este tipo debe comenzar con la naturaleza del Espíritu Santo mismo. Y la primera pregunta es la siguiente: ¿Deberíamos usar la expresión él mismo? ¿Se trata del Espíritu Santo de una persona real cuya obra es salvarnos santificarnos o se trata de un poder que debemos usar en nuestro beneficio? Si pensamos en el Espíritu Santo como siendo un poder misterioso, nuestros pensamientos serán: "¿Cómo puedo tener más del Espíritu Santo?" Si pensamos en el Espíritu Santo como siendo una persona, preguntaremos: "¿Cómo puede el Espíritu Santo tener más de mí?" El primer pensamiento no es bíblico, es pagano. El segundo, es el cristianismo del Nuevo Testamento. Reuben A. Torrey lo señala con toda claridad:

El concepto del Espíritu Santo como una influencia o un poder divino del que nos tenemos que apropiarse y utilizar, conduce a la exaltación del propio individuo y a la autosuficiencia. Quien piense así sobre el Espíritu Santo y quien al mismo tiempo crea haber recibido el Espíritu Santo estará inevitablemente lleno de orgullo espiritual y caminará de aquí para allá como si perteneciera a una orden superior de cristianos. Con frecuencia escuchamos a esas personas decir: "Yo soy un hombre del Espíritu Santo" o "Yo soy una mujer del Espíritu Santo". Sin embargo, cuando comprendemos que el Espíritu Santo es una persona divina con una majestad y una gloria y una santidad y un poder infinitos, quien maravillosamente ha condescendido a llegarse a nuestros corazones para habitar allí y tomar posesión de nuestras vidas y utilizarlas, esto nos humillará y nos hará permanecer humillados. No se me ocurre otro pensamiento más humillante y más sobrecogedor que el pensar que una persona llena de gloria y majestad divina more en mi corazón y esté dispuesta a utilizar incluso mi persona.⁴

Esta diferencia de enfoque está ilustrada en las páginas del Nuevo Testamento. Por un lado, tenemos el caso de Simón el mago cuyo relato aparece narrado en Hechos 8:9-24. Simón era un ciudadano de Samaria, donde Felipe, uno de los primeros diáconos, había estado predicando el evangelio. Aparentemente, Simón había creído en Cristo y era salvo, ya que el relato nos dice: "También creyó Simón mismo, y habiéndose bautizado, estaba siempre con Felipe" (vs. 13). Simón, sin embargo, sabía muy poco sobre el cristianismo. Por eso, cuando vio los milagros que se hacían estaba atónito, y cayó en el error de creer que el Espíritu Santo era un poder que podía ser comprado. Más tarde, cuando Pedro y Juan vinieron a Samaria para evaluar la tarea que se estaba desarrollando, y ya habían sido utilizados por Dios para impartir el Espíritu a otros, Simón les ofreció dinero a los discípulos para que ellos le dieran "ese poder" (vs. 19). Pedro le respondió: "Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. No tienes tú ni parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón" (vs. 20-22).

El ejemplo opuesto lo encontramos en el comienzo de la labor misionera, con Pablo y Bernabé. En ese caso se nos dice que: "Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado" (Hch. 13:2). En el primer ejemplo, una persona quería tomar y usar a Dios. En el segundo ejemplo, es Dios quien toma y usa a dos personas.

Pero, alguien podría preguntarse, ¿no hay pasajes y hasta secciones enteras de la Biblia donde la personalidad diferenciada del Espíritu Santo no es evidente? Este es el caso del Antiguo Testamento, donde con frecuencia se habla del Espíritu de Dios como en el segundo versículo del Génesis "Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas" o con referencia a algunas personas, de quien se nos dice que "el Espíritu de Jehová [Dios] vino sobre ellos" (Jue. 6:34; 2 Cr. 24:20). Se puede decir que estos versículos son las primeras radicaciones sobre la doctrina de la personalidad diferenciada del Espíritu Santo, y por lo tanto también de la Trinidad. Si bien en el Antiguo Testamento hay muy poco con respecto a una clara y explícita presentación de la diferenciación personal de la segunda persona de la Trinidad, y aún mucho menos sobre la diferenciación personal del Espíritu de Dios.

Este no es el caso cuando llegamos al Nuevo Testamento, sin embargo. Aquí, el Espíritu Santo se nos muestra como un miembro de la Trinidad, semejante en todo sentido al Padre y al Hijo y, sin embargo, siendo algo distinto a ellos. Esto no significa, de ningún modo, que hay tres dioses. Como ya lo señalamos en el Tomo I de este volumen.⁵ Hay tres personas. Sin embargo, de una forma que trasciende y escapa a nuestro entendimiento, estas tres personas son también una sola.

Se define una persona como alguien que posee conocimiento, sentimientos y una voluntad, y esto es lo que se afirma sobre el Espíritu. En Juan 14:16-18, Jesús dice con respecto al Espíritu Santo: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará con vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros". Si el Espíritu fuese sólo un poder, esta promesa en realidad sería similar a algún tipo de compensación: "Yo me voy a alejar de ustedes, pero les voy a dar *algo* para compensar mi partida". Pero no es simplemente un poder. No es algo que es otorgado, sino otra de las personalidades divinas, una personalidad que tiene conocimiento, porque conocerá las necesidades de los discípulos; que tiene sentimientos, porque se identificará con ellos en la tribulación; y que tiene una voluntad, porque se ha propuesto insolarlos en cumplimiento de la comisión de Dios.

Podemos agrupar la evidencia presente en el Nuevo Testamento sobre la personalidad diferenciada del Espíritu Santo en seis categorías:

1. *Las acciones personales del Espíritu Santo.* Un ejemplo lo tenemos en el texto que acabamos de citar. Allí se nos dice que el Espíritu consuela a los cristianos. Otro ejemplo lo encontramos en Juan 16:8-11 que nos habla de la obra desarrollada por el Espíritu en el convencimiento de los no creyentes. "Y cuando él venga, convencerá

al mundo de pecado, de justicia y de juicio".

2. *La misión del Espíritu Santo, diferente a las misiones del Padre y del Hijo.* :sús señala esto claramente en su discurso final: "Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí" (Jn. 15:26).

3. *La posición y el poder del Espíritu Santo, igual a la del Padre y del Hijo.* Las variadas fórmulas trinitarias del Nuevo Testamento expresan esto con claridad. En Mateo 28:19, a los discípulos se les encarga que bauticen "en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo". En 2 Corintios 13:14, Pablo ora para que "la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con" todos sus lectores. Pedro habla sobre aquellos que han sido "elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo" (1 P 1:2). Judas habla de nuestro ser que crece en la fe cristiana mientras permanecemos "orando en el Espíritu Santo", y nos mantenemos "en el amor de Dios esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna" (vs. 20-21).

4. *Las apariciones del Espíritu Santo en forma visible.* Cuando Jesús fue bautizado, "descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia" (Lc. 3:22). Y durante Pentecostés, "se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos" (Hch. 2:3).

5. *El pecado contra el Espíritu Santo.* Este implica una ofensa contra una personalidad (Mt. 12:31-32).

6. *Los dones del Espíritu Santo.* En 1 Corintios 12:11, después de haber enumerado los dones de sabiduría, conocimiento, fe, sanidad, milagros, profecía, discernimiento de espíritus, lenguas e interpretación de lenguas, Pablo escribe: "Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere".⁶ Los dones del Espíritu Santo son distintos al Espíritu Santo mismo, lo que nos está indicando que él no es meramente una fuerza detrás de estas manifestaciones asombrosas.

Tenemos aquí seis argumentos por separado que nos muestran que el Espíritu Santo es una persona. Sin embargo el problema para muchos de nosotros bien puede no ser tanto la doctrina sobre el Espíritu Santo sino nuestra actitud hacia él. En teoría, muchos de nosotros creemos que el Espíritu Santo es una persona, la tercera persona de la Divinidad. ¿Pero lo concebimos en realidad así? ¿Pensamos alguna vez en él como persona? Es posible que hagamos lo que hizo una mujer que había asistido a una serie de mensajes sobre el Espíritu Santo en una conferencia bíblica hace muchos años. Ella escuchó atentamente y luego se acercó al predicador para agradecerle su enseñanza. Le dijo: "Antes de escuchar su predicación nunca había pensado en ese espíritu como una persona". Aparentemente, todavía no estaba pensando en él como una persona.

¿Es Dios?

Hay otro tema preliminar que debemos estudiar. Hemos insistido en que el Espíritu Santo es una persona en sí misma, pero también lo hemos llamado una persona divina. ¿Es divino? ¿O se trata de un ser algo menor, quizás un ángel? ¿El Espíritu Santo es Dios?

Una de las indicaciones más claras sobre la plena divinidad del Espíritu Santo la encontramos de labios de Jesús cuando prometió enviar al Espíritu a sus discípulos y lo llama el "otro Consolador" (Jn. 14:16). En este pasaje la palabra clave es *otro*. En el griego hay dos palabras distintas que se utilizan para *otro*. Tenemos *a allos*, la palabra utilizada aquí (que significa "otro igual al primero"), y tenemos *a heteros* (que significa "completamente diferente"), de donde proviene el término heterodoxo. Como la palabra en este pasaje es *allos* y no *heteros*, Jesús está diciendo que enviará a sus discípulos una persona que es como él es, o sea, alguien que es plenamente divino. ¿Quién es el primer Consolador? Jesús. Jesús había sido la fuerza y el consuelo para sus discípulos durante los años de su ministerio entre ellos. Ahora se va, y en su lugar ha de enviar un segundo Consolador que es igual a él. Será otra persona divina viviendo con ellos y (en este caso) en ellos.

Pero, por supuesto, no es esta la única evidencia sobre esta doctrina tan importante. Podemos agrupar la evidencia sobre la divinidad del Espíritu Santo en las siguientes categorías:

1. *Los atributos divinos del Espíritu Santo.* La expresión Espíritu Santo en sí misma ya es un ejemplo evidente, ya que la palabra Santo está denotando la esencia misma de la naturaleza de Dios. Él es el "Santo Padre" (Jn. 17:11), y Jesús es "el Santo de Dios" (Jn. 6:69; comparar con Mr. 1:24). Del Espíritu de Dios se nos dice que es omnisciente (Jn. 16:12-13; 1 Co. 2:10-11), omnipotente (Lc. 1:35), y omnipresente (Sal. 139:7-10).

2. *Las obras de Dios atribuidas al Espíritu Santo.* El Espíritu estuvo activo en la obra de la creación (ver Job 33:4). Fue el Espíritu quien impartió las Escrituras (ver 2 P 1:21). Es el agente del nuevo nacimiento, como veremos con más detalle en un capítulo posterior (ver Jn. 3:6). Es el agente de la resurrección (ver Ro. 8:11).

3. *La igualdad del Espíritu Santo con Dios el Padre y Dios el Hijo.* Las bendiciones y las fórmulas trinitarias ya

citadas son un ejemplo de esto.

4. *El nombre de Dios que se le otorga indirectamente.* El ejemplo más claro lo encontramos en Hechos 5:3-4 donde Pedro le dice a Ananías: "Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad?... No has mentido a los hombres, sino a Dios". Otros ejemplos lo constituyen aquellos pasajes del Antiguo Testamento citados en el Nuevo Testamento donde, por un lado, se nos dice que es Dios quien habla, y por otro lado, se nos dice que es el Espíritu Santo quien habla. Isaías 6:8-10 comienza diciendo: "Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?" En Hechos 28:25-27 cuando se cita este pasaje de Isaías dice: "Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres..." Ya he intentado mostrar la importancia práctica que tiene el que reconozcamos que el Espíritu Santo es una persona. Ahora pregunto: ¿Importa que sepamos que es Dios? Sí, importa. Si sabemos que es Dios y constantemente reconocemos su deidad, podremos reconocer y depender de su obra. J. I. Packer pregunta:

¿Honramos al Espíritu Santo reconociendo y dependiendo de su obra? ¿O lo desairamos, ignorándolo y por lo tanto deshonrándolo, no sólo al Espíritu, sino al Señor que lo envió? En nuestra fe: ¿reconocemos la autoridad de la Biblia, el Antiguo Testamento profético y el Nuevo Testamento apostólico que él inspiró? ¿La leemos y la escuchamos con la reverencia y la receptividad que corresponden a la Palabra de Dios? Si no lo hacemos, estamos deshonrando al Espíritu Santo. En nuestra vida: ¿nos guiamos por la autoridad de la Biblia, y vivimos de acuerdo a la Biblia, no importa lo que los hombres digan en contra de ella, reconociendo que la Palabra de Dios no puede ser otra cosa que verdad, y que lo que Dios dice es lo que quiere significar y lo que cumplirá? Si no lo hacemos, estamos deshonrando al Espíritu Santo, quien nos dio la Biblia. En nuestro testimonio: ¿recordamos que sólo el Espíritu Santo, por su testimonio, puede validar nuestro testimonio, y esperamos que lo haga, y confiamos en que lo hará, y mostramos la realidad de nuestra confianza de la misma manera que lo hizo Pablo, evitando las tretas de la inteligencia humana? Si no lo hacemos, estamos deshonrando al Espíritu Santo. ¿Podemos dudar que el actual vacío que vemos en la vida de la iglesia es el juicio de Dios por la manera en que hemos deshonrado al Espíritu Santo? Y en dicho caso, ¿qué esperanza podemos tener que la situación se revierta hasta que no aprendamos en nuestro pensamiento y en nuestras oraciones y en nuestra práctica a honrar al Espíritu Santo?⁷

La personalidad y la deidad del Espíritu Santo son enseñanzas prácticas, porque por medio de la actividad de este ser divino el evangelio de salvación en Jesucristo se hace comprensible para nosotros y puede transformar nuestras vidas. El Espíritu es la clave para una religión personal vital y verdadera.

Notas

1. William James, *The Varieties of Religious Experience* (New York: The New American Library, n.d.).
2. Harold O. J. Brown, "The Conservative Option", en *Tensions in Contemporary Theology*, ed. Stanley N. Gundry y Alan E Johnson (Chicago: Moody, 1976), p. 356.
3. Calvino, *Institutes*, p. 537.
4. Reuben A. Torrey, *The Person and Work of the Holy Spirit* (1910; reedición, Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1970), pp. 8-9.
5. Ver Tomo I, pp. 108-115.
6. Los puntos fueron sugeridos por George Smeaton, *The Doctrine of the Holy Spirit* (1882; reedición, London: Banner of Truth Trust, 1974), p. 109.
7. Packer, *Knowing God*, p. 63.